

Actividad 3. Géneros Creativos. 18 ESCALONES:

No lo imaginaba así, una construcción antigua con una fachada que de tan solo mirarla te envuelve y te lleva al momento en que fue construida, deshecha, muy deshecha y descuidada, la humedad se escurre por las paredes e incluso pequeñas zonas con musgo también se hacen presentes. Me decido a entrar y me recibe una enorme habitación en la cual me siento una hormiga en el océano, sumado a esto que soy muy bajito y mis pasos no son más que de quince centímetros, mientras tanto comienzo a darme cuenta que la sangre ya se ha hecho de la remera que me tapa la herida, y comienza a mancharme la ropa. No tuve en cuenta el hecho de que al ser un edificio antiguo iba a traer consigo la desafortunada noticia de la ausencia de ascensores, y dos enormes escaleras totalmente simétricas nacían a ambos lados del espacio. Debo subir a toda costa, llego al primer escalón luego de haber visto mínimo a veinte personas subir y bajar, y aun nadie nota mi situación, todos me saludan en forma de reverencia con mucho respeto, y aunque me moleste un poco la piedad con la que la gente normalmente me trata, esta vez agradezco que nadie se acercase a mí a intentar ayudarme.

Subo el primer escalón y siento como un chorro de sangre irriga de mi estómago a causa del esfuerzo, no sé cuánto durare sin que esta fluya hasta mis pantalones, donde mi saco ya no sirve de escondite. Analizo, pienso y luego de haber hecho tan solo cinco escalones llego a la conclusión de que es más efectivo subir de tres en tres para racionar el dolor, ya que escalón tras escalón las puntadas se hacen cada vez más fuertes, mientras tanto yace en mi mente el recuerdo de mis antiguas peleas de box, golpe, tras golpe, tras golpe y esa incertidumbre de no saber cuándo sería el último, igual me pasaba con esta interminable subida. Pongo en práctica mi teoría y me digno a subir tres, inhalo profundamente y a la par que comienzo a exhalar subo uno, dos... y cuando la punta de mi pie se asomaba para pisar el tercero, una fuerte contracción en mis abdominales me detiene y me desplomo contra una de las paredes de la escalera, creí que era mi fin, ya me veía revolcado en un charco de sangre donde mi caminata había comenzado, en esa gigantesca habitación de techos altos, pero logro agarrarme de la baranda y lo más rápido que mi cuerpo me permite miro hacia atrás y por suerte nadie se percató de mi abrupta caída. Fui un tanto ambicioso con esta idea de subir más rápido, mi cabeza funcionaba como si tuviese veinte años pero no tuve en cuenta que mi cuerpo claramente no, me era desesperante la situación de no saber cuánto duraría esto ya que la escalera era caracol y no me permitía ver cuánto faltaba para su fin y tan solo iba siete minúsculos escalones.

Orgullo no es algo que me falte sino que me caracteriza totalmente, y hasta este punto del recorrido me he negado a usar la baranda rígidamente, quería hacerlo por mis propios medios sin la ayuda de nada ni nadie pero luego de este tropiezo desistí en mi idea, entendiendo que por encima de todo estaba subir y me permití esa pequeña ayuda. Entre escalón y escalón debo esperar al menos unos veinte, treinta segundos para continuar o más, dependiendo del dolor que sienta y la ansiedad que maneje, es una mezcla de sensaciones que junto a la agonía me hace reflexionar y desenmascarar partes de mí que negaba o no tenía del todo claras, reflejadas por ejemplo en la forma que escondo mi grave herida al igual que me escondía a mí mismo tantas cosas que son parte de mí, y sin menos importancia sin darme cuenta, debido al funcionamiento constante de mi cabeza, poco a poco la sangre fluye en mi pierna y esto no es bueno pero a la vez su tibieza contrasta el frío que estoy atravesando, debo acelerar el paso o esta vez sí que será mi fin. Ya voy por el doceavo

escalón y estoy entusiasmado, levemente veo una apertura que parece ser el fin de esta tortura, y paso a paso como las agujas de un reloj oigo como las gotas de sangre se estampan contra el piso, a esta altura dudo terminar vivo pero sin dudas fue una aventura de la cual nunca jamás me arrepentiré, al menos muero conociéndome totalmente y sabiendo que el momento está llegando, esto me permite despedirme. Cierro los ojos, suelto la remera que me tapa la herida, cojo la otra baranda y sin pensarlo subo, y subo, y subo y continúo subiendo, mientras que las gotas ya eran historia un río rojizo bajaba las escaleras como una alfombra roja, hasta que en un momento mi pie derecho ya no encuentra superficie donde apoyar y concluye la subida en dieciocho escalones, lo dejo caer levemente a un lado para quedarme parado y en el transcurso de unos segundos abro los ojos, unas diez o quince personas me rodean en la entrada de esa antesala que era el final de la incansable subida formando un semicírculo que me abrazaba, confundido suelto las barandas y con mis ojos empañados, ya sin sentir las piernas me desvanezco cayendo eternamente hacia atrás, el tiempo parecía detenerse y sigo esperando el impacto, parecía que nunca iba a llegar y cuando quise entender que era lo que sucedía se acabó.

Aroza Matías 7ºA